

Fecha 15.12.2008	Sección Primera	Página 28
---------------------	--------------------	--------------

AGUSTÍN BASAVE

Lógica de guerra

En una guerra no cabe el respeto a la disidencia ni el diálogo con los contrarios, no se tolera la duda y menos el deseo de reconciliación. Los puentes no se construyen: se vuelan.

In memoriam, doña Amalia Solórzano viuda de Cárdenas.

La perplejidad frente a la izquierda revolucionaria es hija de la incompreensión. Desde la perspectiva de la lógica política convencional, en efecto, no se entiende la violencia y la confrontación inveterada. Para digerir la estrategia de la guerrilla es necesario asimilar su diagnóstico: el sistema económico y las instituciones políticas capitalistas son tan nefandas como irredimibles. De ahí la prescripción de la ruptura y el colapso como puntos de partida. El reformismo es colaboracionismo, blandenguería que sólo sirve para apuntalar al régimen explotador encargado de administrar la pobreza.

Se trata, a no dudarlo, del *chip* marxista y sus agregados leninistas o maoístas. Aunque algunos no las conozcan y otros no las reconozcan, las consignas de Marx *et al* siguen intactas en los hondones del izquierdismo armado. Si el *statu quo* es injusto e inaceptable, y si la única solución es demolerlo, ¿por qué tocarse el corazón ante la agudización de sus contradicciones? Por eso es inútil argumentar a quienes así piensan o intuyen que la lucha de clases suele deteriorar aún más la situación de los pobres, o que hay protestas sociales que no merecen apoyo porque se mueven bajo liderazgos corruptos. Para ellos todo lo que contribuya a la exacerbación de las contradicciones y a la desestabilización es digno de apoyo. El objetivo es derrumbar el orden de cosas, y si el costo en el corto o mediano plazo es alto, a la larga el beneficio es mucho mayor. El futuro anhelado justifica catalizar un presente desastroso, y los habitantes del hoy deben aceptar su sacrificio en aras de los habitantes del mañana.

En pocas palabras, los guerrilleros están en guerra y no pueden permitir los lujos de los tiempos de paz. En una guerra se impone un estado de excepción en el que no cabe el respeto a la disidencia ni el diálogo con los contrarios, no se tolera la duda y menos el deseo de reconciliación. Los puentes no se construyen: se vuelan. Nadie tiene derecho a analizar sutilezas o a juzgar la pertinencia de la conflagración. Cualquier intento por comprender la otredad es flaqueza, cual-

Si el *statu quo* es injusto e inaceptable, y si la única solución es demolerlo, ¿por qué tocarse el corazón ante la agudización de sus contradicciones?



Fecha 15.12.2008	Sección Primera	Página 28
---------------------	--------------------	--------------

quier negociación es traición.

El problema es que para la izquierda armada la lucha es un axioma eterno. No hay tregua ni final, porque incluso después de la victoria existe el riesgo de la infiltración de la derecha, del retroceso reaccionario. Antes y después del triunfo hay que resistir, y en la resistencia el que parpadea pierde. De modo que las reglas siguen siendo inflexibles y la disciplina nunca se relaja. Frente a un adversario tan poderoso como el capital no hay espacio para la debilidad, porque el débil

concede y el que concede claudica. Por eso no se vale, so pretexto de haber triunfado, superar el rencor o perder la dureza. La cordialidad es exclusiva para los compañeros y no tiene salvoconducto para cruzar la línea enemiga.

Si un amigo se opone a la causa, la amistad se acaba. De hecho, en tiempo de hostilidades, es decir en cualquier tiempo, acercarse a quien no pelee en la misma trinchera es empezar a traicionar. Quien lo haga es inmediatamente considerado sospechoso de conspiración, y la única presunción válida es la de que ha sido comprado por el enemigo. No hay más razón por la que alguien puede buscar la concordia que la de haberse vendido. El que se opone a la lucha, el que deja de resistir, es al que le llegaron al precio. Nadie puede ser reformista por convicción. No hay moderados y mucho menos conversos: hay corruptos.

La lealtad, una virtud de videntes, queda ciega en tiempos de guerra. Entonces es incapaz de vislumbrar algún error del comandante. Lo que él diga tiene que ser la verdad absoluta, y si yerra, yerra con razón. Es privilegio del jefe pedir o no opiniones, pero una vez que toma una decisión, sea correcta o incorrecta, se acata hasta sus últimas consecuencias. Quien no le tenga una confianza absoluta, quien piense que puede equivocarse o ensoberbecerse, nada tiene que hacer ahí. Cuando se entra al campo de batalla, la desobediencia o un mero titubeo pueden provocar la muerte. Un combatiente que no es incondicional no es combatiente. Además, en nuestra tradición no hay matices: se es de la izquierda caudillista o no se es.

Sé que no estoy diciendo nada nuevo. Quizá la única novedad sería sostener que, aunque en menor medida que las organizaciones guerrilleras, esa lógica la asumen algunos movimientos que enarbolan la insurrección civil. Me refiero a los que ocupan esa "tercera vía" de las izquierdas que se sitúa entre la revolución y la democracia. A ese enojo desarmado, a esa resistencia pacíficamente beligerante, la que no pasa de la violencia verbal pero que siente que nada se conseguiría por el cauce de las reformas. A esa que, si bien es capaz de ser un poco menos sectaria, se niega a dialogar y tiende al maximalismo. A la que cree que la única forma de construir un país justo es movilizándose para hacer ingobernable al régimen oligárquico y así derrocarlo. Si se analiza con cuidado su comportamiento se verá que vive a horcajadas en el umbral de la lógica de guerra, el de la convicción de que las instituciones son irreformables y que hay que acabar con ellas para construir otras. Por eso, porque entra y sale, la diferencia entre su lógica y la de los revolucionarios es apenas perceptible. Y la dinámica la empuja a que acabe distinguiéndose de ellos sólo porque no propicia sangre sino sudor y lágrimas.

abasave@prodigy.net.mx